



La corrupción nuestra de cada día

Por Salvio Torres-Cardona

El pasado 9 de agosto intentamos infructuosamente correr el proceso electoral primarista que debía proveer la herramienta democrática para que el pueblo eligiera los hombres y mujeres que conformarán la papeleta para las elecciones generales a celebrarse el próximo noviembre. De esa manera se pretende armar un nuevo gobierno central que sea operacional, capacitado y sobre todo honesto para poder trabajar con la difícil situación fiscal del país entre tantísimas otras situaciones que agobian y tronchan las esperanzas diariamente de la mayoría de nuestros hermanos. La campaña primarista se basó nuevamente en la no discusión de ideas, la difamación, el engaño y sobre todo en que se debía votar por cada candidato por ser “el menos pillo”.

La triste realidad es que la posibilidad de que cualquiera de nuestros partidos gobierne desde la corrupción es una puerta abierta de par en par. Las instituciones gubernamentales que han administrado nuestro país por los pasados 40 años viven de y en la corrupción. A cualquier partido le resulta mucho más fácil acomodarse a los corruptos esquemas establecidos que enfrentarlos, dado el hecho de que en la mente de muchos de nuestros "honorables" eso significaría quedarse fuera del poder real. Pero principalmente, y lo más importante para muchos de ellos, sería quedarse sin la posibilidad real de enriquecerse y encontrar seguridad personal y familiar.

Señores, cuando hablamos de la seguridad personal y familiar de nuestros “honorables” estamos hablando de un asunto medular para los políticos de todas las generaciones que nos han engañado diariamente gozando de impunidad total. Si evaluamos los procesos de acumulación de riqueza basados en la corrupción podemos concluir que son el reflejo de un deterioro de valores éticos y morales que lamentablemente ha sufrido nuestra sociedad puertorriqueña. De ahí entonces el establecimiento de conceptos como “el que no roba es un estúpido” o “no importa que robe si por lo menos se ve la obra y el dinero se mueve”.

Este último concepto trae a mi mente muchos amigos y conocidos cuando se expresaban sobre los ocho años de gobierno del "honorable" Pedro Rosselló. Fue irrisorio observar al exgobernador Ricardo Rosselló durante la campaña, asegurando que su gobierno sería uno de total honestidad porque cada uno de sus candidatos había firmado un acuerdo de honestidad en el servicio público. ¡Por favor! El resultado de ese acuerdo redundó en un verano del 2019 donde todo un pueblo se unió, lejos de líneas políticas, para exigir su salida porque se burlaba a diario del pueblo junto a un allegado grupo de funcionarios públicos. Como dijo una de nuestras “honorables”, “Qué vergüenza para el pueblo de Puerto Rico”.

Prácticamente a diario vemos estos “honorables: en nuestros periódicos enfrentando señalamientos de corrupción ante diversos foros. Alcaldes, legisladores, jefes de agencias y hasta gobernadores han sido acusados formal o informalmente de actos de corrupción. Ya nos levantamos y sintonizamos las noticias para enterarnos

con quién se encuentra desayunando el FBI ese día. Obviamente el Departamento de Justicia local se ha convertido en un aliado del traqueteo y el abuso. Es de tal magnitud el problema que ya el pueblo parece no impresionarse cuando se le anuncia de una nueva investigación sobre presuntos actos de corrupción a algún funcionario.

De hecho, ya tenemos algunos “honorables” que dentro de su ignorancia ciudadana y fanatismo político se sienten muy orgullosos porque se han convertido en leyendas vivas de la corrupción pública porque su diario vivir es la corrupción. Resulta prácticamente imposible echarles el guante debido a sus posiciones de poder en el gobierno y su astucia para no dejar rastros de sus actos de soborno, abuso, desorden, depravación, perversión y/o desmoralización.

Nuestro deterioro como sociedad ha llegado a tal punto que son muchos los ciudadanos que sienten gran admiración por esos “capos” legendarios de la política puertorriqueña. Hasta podemos encontrar con relativa frecuencia en los medios de comunicación “honorables” convictos que han cumplido sentencias federales analizando nuestro día a día político y proveyendo soluciones a problemas de corrupción en el gobierno. ¿Dónde ha ido a parar nuestra dignidad como pueblo?

Si analizamos minuciosamente la práctica generalizada de la corrupción en Puerto Rico nos damos cuenta de que la mayoría de las instituciones públicas y privadas “saben” lo que significa la corrupción. Su concepto ha sido asimilado por funcionarios que entienden muy bien cada una de las posibles consecuencias en sus vidas. Sin embargo, la ambición por el dinero es de tal magnitud que muchos continúan violando descaradamente los principios éticos, morales y legales sabiendo de antemano a lo que se exponen si son descubiertos y procesados por los tribunales.

Por supuesto, muchos de esos funcionarios tienen muy claro que si tienen poder, dinero, influencias y un buen abogado criminalista-farandulero con la habilidad de manipular los medios de comunicación - y a su vez de manejar la justicia desde los intereses del dinero - de seguro que no pasarán ni un solo día en la cárcel. Para colmo, en nuestro país muchos de nuestros “honorables” han sido precisamente autores y propulsores de una vasta legislación anticorrupción que no ha sido suficiente porque seguimos ocupando un “privilegiado” lugar entre los países más corruptos del mundo.

Recientemente la fiscalía federal en Puerto Rico nos otorgó la "distinción" del lugar más corrupto entre todos los territorios y estados de la unión. Es inconcebible, entonces, observar a nuestra flamante comisionada residente en Washington buscando adeptos para su proyecto de ley en favor de la estadidad. Le pregunto con mucho respeto al lector: ¿Usted admitiría como socio en su negocio a una compañía que es administrada por corruptos? Esa es la rabia que sentimos personas que como este autor creemos firmemente en la estadidad para Puerto Rico y dejemos de ser tratados como ciudadanos de segunda clase.

Ya algunos de nuestros estudiosos de la materia indican que en nuestro caso la corrupción se ha convertido en un problema cultural, en algo así como el marco formativo y conductual predominante en nuestra sociedad donde el individualismo, el consumismo, la carencia de valores, el afán por el poder, la codicia y el "tanto tienes tanto vales" son los factores que guían al ciudadano desde una edad formativa resultando en el producto que todos sufrimos a diario.

A eso debemos sumarle que nuestros tribunales de justicia ya comienzan a ser penetrados, resultando en que las leyes son solamente para los pobres. Recordemos el triste caso hace unos años de la madre de escasos recursos que fue de inmediato arrestada y encarcelada porque alegadamente su pequeña hija había sido víctima de violación. Días más tarde el estado se vio en la necesidad de excarcelarla porque la niña en realidad sufría de una infección por condiciones de falta de higiene.

Por otro lado fuimos testigos de cómo una familia de amplios recursos económicos e influencias mantuvo en jaque todo el Departamento de Justicia en cuanto a la falta de esclarecimiento de un vil asesinato de un niño

dentro de su hogar que estaba bajo alegada custodia de su progenitora. Finalmente el estado en un acto de desesperación política presentó cargos contra un individuo sabiendo de antemano que los cargos no prosperarían en un tribunal porque el simple sentido común indicaba que era prácticamente imposible que el acusado hubiese cometido tal asesinato. Hoy día dicho caso se encuentra archivado y el asesino continúa campeando en la libre comunidad.

Continuando con nuestros "honorables", lamentablemente muchos de ellos están plenamente convencidos en sus mentes malsanas que la corrupción gubernamental es exitosa, produce beneficios a corto, mediano y largo plazo donde los involucrados conforman una especie de "Cosa Nostra" cuyo fin es el enriquecimiento ilícito. En muchos casos este enriquecimiento se basa en el ya acostumbrado "pay for play" y en el encubrimiento de unos a otros. Es una especie de mafia perfecta donde en muchas ocasiones ambos partidos principales se hermanan con el único propósito de robar el dinero del estado.

Para acceder al poder, elección tras elección, se levanta una campaña política que tiene como lema la "lucha contra la corrupción". Sobre este supuesto objetivo se logran capturar los votos del pueblo, pero lo menos que se puede hacer es demostrar en la práctica la voluntad real de erradicar la corrupción del país con medidas efectivas y tomando decisiones serias y no políticas.

Tan pronto el partido X gana las elecciones comienza a dejarse manipular por los grandes intereses y a pagar favores políticos a los Anaudys, Lutgardos, "hijos talentosos" y amigos del alma, colocando en posiciones claves a personas que contribuyeron con su tiempo, influencia y dinero para llevar al partido al poder. A este paso la corrupción continuará creciendo de manera descomunal con los resultados nefastos que eso trae a cualquier pueblo del mundo.

Ahora bien, luego de haber hecho mi mejor esfuerzo para explicar la magnitud del problema de la corrupción en Puerto Rico de una manera "monda y lironda" - como dijera uno de los actuales "honorables" - la pregunta a formularnos sería: ¿Que debiera hacer el próximo gobernador y la próxima asamblea legislativa? Simplemente deberían leer cuidadosamente la Constitución y sobre ese marco jurídico generar una política de control de la corrupción en todas las agencias públicas. ¡Puerto Rico se encuentra sobrelegislado! Ya es hora de que paremos de legislar y nos dediquemos a implementar las leyes aprobadas. De nada nos sirve tener tantas leyes si al final del día se convierten en letra muerta.

Para terminar, y más que nada mediante observación simple y una dosis razonable de sentido común, me vienen a la mente algunas de las causas de la corrupción que todos como pueblo tenemos el deber de comenzar a combatir de inmediato con todas nuestras fuerzas y recursos:

- Poca transparencia en las acciones del gobierno.
- Bajas calificaciones éticas y técnicas en los funcionarios públicos electos y no electos.
- Impunidad recurrente en una administración de justicia cuestionada y falta de credibilidad, que definitivamente alienta la corrupción.
- Controles institucionales sin independencia, con escaso profesionalismo y totalmente politizado.
- Deterioro de los valores éticos y morales en la sociedad.
- Bajo nivel de conocimiento político en general por parte del pueblo.
- Baja participación ciudadana en la vida pública que impide control y fiscalización.
- Centralización administrativa y engorrosas tramitaciones.

Recordemos que es muy fácil sentarnos a decir a los cuatro vientos que "la cosa esta mala". Lo verdaderamente difícil, pero sin embargo nuestra responsabilidad como ciudadanos serios, es unirnos como pueblo. Tenemos que romper con la partidocracia eliminándose por completo el "rajar la papeleta" y aprovechar nuestra arma más poderosa, el sufragio, para limpiar la casa en las próximas elecciones continuando un proceso de fiscalización del gobierno electo. Solo así estaremos contribuyendo como pueblo al control de la corrupción pública en nuestro país. Recordemos que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. ¿Qué nos pasa, Puerto Rico? ¡Coño levantémonos ya!